

Á ROMA.

MADRID 18 DE DICIEMBRE DE 1887.

Entré en la sacristía de la parroquial de San Luis con ánimo de tomar mi billete para unirme á la peregrinación que se dirige á la Ciudad Eterna á festejar el Jubileo sacerdotal de León XIII. Y vaya una pequeña digresión de carácter filológico. No debiera llamarse *peregrinación*, sino *romería*, este viaje. El uso, desde hace muchos años, corrompe el sentido de las palabras *romería* y *romero*, y así ocurre que se nombren *romerías* las fiestas celebradas en cualquier ermita ó santuario á honra del patrón ó de algún misterio religioso, y hay la *romería* de San Isidro y la de San Antonio, y en mi tierra la del Sacramento. Pero en rigor y con propiedad, *romeros* son los que van á Roma al jubileo ó en cumplimiento de voto; *peregrinos* los que *in illo tempore* se dirigían á Santiago de Compostela con las conchas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y el bordón, y *palmeros* los que emprendían el camino de Jerusalén y regresaban con la palma en la mano. Permítaseme, pues, que de hoy más restituya á la excursión su verdadero nombre, llamándola *romería* siempre.

Decía que fuí á tomar billete en San Luis, y mientras lo efectuaba pregunté al ecónomo, Sr. Guijarro, ciertos pormenores referentes al viaje. No pude menos de manifestarle que es gran lástima que las compañías de ferrocarriles, habiendo concedido este billete de ida y vuelta á precio tan inverosímilmente barato, no prefiriesen darlo un poco más caro otorgando algunos kilos de equipaje facturado á cada romero. Porque si muchos nos correremos á facturar nuestro baúl cueste lo que costare, es evidente que siempre habrá una mayoría de personas poco avezadas á lances ferroviarios y recelosas de desembolsos imprevistos que se irán con lo puesto, justificando las terribles afirmaciones que hace pocos días oí á un célebre tenor, de que los romeros españoles suelen entrar en la capital del mundo católico sucios, desastrados y hechos una miseria, y andar por allí dando que reír con su perjeño al diablo italianísimo. Cuando indicaba al Sr. Guijarro mis

inquietudes respecto á que mucha gente se fuese de romería con lo encapillado nada más, y hasta sin una triste muda de ropa blanca, oí á mi lado una voz que exclamaba vivamente:—Así voy yo.—Volvíme y ví á una anciana con manto de seda negra, pobre traje de lana á cuadros, cara curtida, de humildes facciones, los ojos respirando fè, uno de esos rostros que se ven en los cuadros místicos, en la *Adoración de los pastores* ó la *Presentación en el templo*, y también en las cabezas de *Santa Ana enseñando á leer á la Virgen*.

La mujer, sentada en una silla, daba vueltas entre sus dedos al rosario.

—Soy—me dijo con esa expansión comunicativa tan característica del pueblo español—una infeliz criada de servir; con mi sudor de toda la vida he ahorrado para este viaje, y ahora voy á ver al Papa. ¡Al Papa! —Y al pronunciar el nombre del Papa, su mirada se transfiguraba como en un éxtasis. —¿Qué importa—añadió—ir con ropa ó sin ella? Lo que sí llevo es árnica, hilas, vendas, por si algo me sucede en el camino; que lo demás... El caso es ganar muchas indulgencias, ganar el cielo.—Después me enseñó recelosamente el prospecto de una

empresa industrial, que ofrece á los rome-
ros, por un tanto alzado, fondas en el ca-
mino y asistencia en Roma.—No quiero—
indicó—gastar las pesetas que dice aquí:
me meteré en cualquier parte.—Y yo me la
figuraba durmiendo bajo un pórtico, lle-
vando en un zurrón comida fría para todo
el viaje, con tal de ver al Papa.

Esta alma primitiva me conmovió, he de
confesarlo. Ella tiene razón: bienaventura-
dos los pobres de espíritu. Nos hemos vuel-
to tan remilgados, tan exigentes, tan pa-
gados de la corrección externa, que nada
nos satisface, y el corazón nos pesa más
que si fuera de plomo. Nos enteramos,
como de un asunto importantísimo, de si
encontraremos bien á punto las comodida-
des, sin las cuales, por lo visto, no acerta-
mos á vivir; y queremos hacer una rome-
ría como se hace un viaje de veraneo á ba-
ños de mar; hasta el extremo de que los
que nos resolvemos á unirnos, como es jus-
to, en cuerpo y espíritu á esta manifesta-
ción católica, pasamos por unos héroes, y
oímos palabras compasivas vaticinando los
sufrimientos que nos aguardan!

No quiero hacerme mejor de lo que soy.
En mí también luchan los hábitos regalo-

nes del siglo con el fondo cristiano; pero
ayuda á éste mi imaginación de artista que,
cuando está satisfecha, me hace hasta ol-
vidarme de comer en un día entero. La ro-
mería estimula mis aficiones de observa-
dora, al par que refresca mi cariño hacia la
Iglesia santa; y casi me irrita pensar que
en el próximo viaje se dividirá el tren, co-
mo siempre, en coches de primera, segun-
da y tercera, pues desearía que fuésemos
iguales todos, como hermanos. Ya sé que
han corrido los tiempos; que no son los días
en que el palmero de estirpe real iba á Je-
rusalén ensangrentándose los pies en los
guijarros y espinos de la ruta donde blan-
queaban huesos de otros palmeros que le
habían precedido, invirtiendo largos años
en el viaje y encontrando á la vuelta que
el puente levadizo de la torre no se baja ya
ante su señor, ó que se están celebrando las
bodas de la esposa amada que ya se creyó
viuda, ó que su propio padre, el empera-
dor, le sentencia á muerte en horca.

.....
De Mérida sale el Palmero
De Mérida esa ciudade;
Los pies llevaba descalzos,
Las uñas corriendo sangre.

Una esclavina trae rota
Que no valía un reale.

.....
—Tomalde, la mi justicia,
Y llevédeslo á ahorcare.

.....
Y aun allá al pie de la horca
El Palmero fuera hablare:
—¡Oh mal hubieses, rey Carlos!
Dios te quiera hacer male,
Que un hijo solo que tienes
Tú le mandas ahorcare.

.....

Aunque yo siempre echaré de menos los siglos en que el romance del juglar se posaba como pájaro de oro en la rota esclavina *que non valía un reale*, comprendo ¡ay! que no podemos resucitarlos; pero me agradaría, cuando salimos para Roma, que pensásemos ante todo en el fin ideal del viaje, y que la felicidad y el lujo de la imaginación pudiesen resarcirnos sobradamente de cualquier insignificante molestia física. Toda persona cabal debe ser por turno ateniense y espartana: saborear los refinamientos suntuarios de la vida, y saber desdenarlos cuando se le ofrece un deleite más exquisito aún, el goce de la fantasía y el

grado supremo de la emoción artística, sublimada por la religiosa.

Al fin, dentro de pocos días, veremos á ese Sér misterioso, poético y augusto entre todos los de la tierra; á esa reunión inefable de cuanto se respeta y ama en cada edad del hombre: Sér que tiene del anciano el blanco pelo, la sagacidad reflexiva, la larga experiencia que hace de la vejez símbolo de la historia; de la virgen, la castidad y pureza columbinas; del niño, la debilidad sacrosanta y la palabra intuitiva, profética é infalible. Para ese Sér, desde hace largos meses, hermosas y aristocráticas manos recaman sobre raso, muselina y terciopelo, con oro, aljófares y sedas, ornatos dignos del fastuoso Oriente; incrustan y cincelan los orífiles el cáliz cuajado de brillantes que han de elevar sus puras manos en el sacrificio incruento; allá en las regiones tropicales, las emperatrices hacen tejer inmensas alfombras, fabricadas con pluma de la tornasolada garganta del pica-flor—alfombras propias de la cámara nupcial de un hada, y que sólo han de hollar los pies del Anciano,—y envían las reinas y las princesas broches de pedrería, con que adornará su pecho lo mismo que una des-

posada en el día de las bodas. Á las plantas de ese Sér van á arrodillarse (confirmando la catolicidad de una religión esencialmente humana, la gran religión poética, la eterna inspiradora) gentes de toda nación; hacia ese Sér se alza aclamación inmensa en todas las lenguas del mundo, y le llaman Padre todas las razas; y cuando extiende la diestra y abre los labios para bendecir, su voz resuena en todos los ámbitos del orbe.

Salgamos, pues, con el corazón satisfecho, la mente excitada y la alegría propia de nuestra fe en el rostro; éste es un hermoso día. Vamos á Italia y á Roma, á la cuna del mundo latino y al centro de nuestra vida espiritual. Yo siento esa palpitación de júbilo y esperanza que se experimenta al poner el pie en el puente de la nave cuando el viento favorable hincha las velas y el blando oleaje acaricia la proa con amoroso arrullo.

El domingo, pocas horas antes de que vean la luz estos renglones, partiremos en el expreso de Francia, no sin haber elevado al cielo nuestras preces, bajo la dirección del venerable obispo de Madrid-Alcalá. La ceremonia se ha verificado hoy en

Santa María, á las ocho de la mañana: gran gentío llenaba la nave; más de doscientas personas recibieron la comunión; el canto eucarístico no ha cesado de resonar por espacio de media hora larga; y á la salida, el obispo se vió rodeado de una multitud cariñosa, que le besaba el anillo, lo empujaba, lo mareaba á fuerza de demostrativo afecto, y repetía entre alegres exclamaciones:

¡Á Roma!

LA ROMERÍA EN SILUETAS.

PAU 20 DE DICIEMBRE DE 1887.

Quisiera tener la habilidad del famoso dibujante ruso que firma con el pseudónimo de *Lápiz* y ha sabido expresar con siluetas la grandeza de la epopeya napoleónica, para sorprender al vuelo, en todo su interés y animación, las variadas fisonomías de romeros que me acompañan en el tren, en mi mismo departamento algunos.

Lo que, según entiendo, presta singular encanto á la expedición que realizo, es que hay en ella una idea informante, y esta idea, no ya por ser la que rige mi entendimiento y llena mi corazón, sino por ser idea tan sólo, bastaría para desterrar la prosa y la insufrible indiferencia de esos viajes al moderno uso, donde cada viajero parece que sólo se ocupa en estudiar el mejor modo de aislarse y meterse en la concha y donde no se oyen sino frases sacramentales

y trivialísimas referentes al equipaje, las horas de llegada, la temperatura, el camino. Los romeros no somos únicamente trescientas personas que se trasladan de un punto á otro: somos un pedazo del pensamiento nacional que anda, y este movimiento y este roce determinan un calor, una energía moral, á cuyo impulso los caracteres típicos adquieren su realce todo y el hombre interior se revela bajo la capa, el gabán, la sotana, las episcopales vestiduras.

Ignoro si en los otros departamentos sucederá lo que en el mío: éste es un microcosmos donde sin gran esfuerzo veo representados muchos y muy distintos aspectos del espíritu católico. En rápidas siluetas presentaré alguno, á fin de indicar todo el partido que un novelista que calase hondo podría sacar de este curioso espectáculo.

La primer silueta es la de un caballero aragonés, de estatura prócer, apersonado, membrudo, grave, de rostro donde está escrita la honradez y de facciones un tanto severas, que revelan invencible propensión á tomar absolutamente en serio cosas, personas, principios y palabras. Parece este hombre un murallón, pero murallón heróico,

co, de esos en que la marea invasora á principios del siglo se rompió furiosa y vencida. Militar, retiróse del servicio cansado—dice él—de tanta farsa; cristiano, habla de los deberes para con Dios, empleando un estilo austero y algo trágico; devoto, hace cada año á la Pilarica—á quien ama con delirio—obsequios de orquesta para su función, de doseles bordados; viajero, acepta todas las molestias con estoicismo; pero el solo anuncio de una informalidad le pone fuera de sí.

A fin de que esta primer silueta resalte mejor, debo colocar en el lugar segundo la de un presbítero andaluz, de pocos años y sazonado humor, cuya cetrina y truhanesca fisonomía pide á voces la monterilla del torero, la gorra de seda del chulo ó el clásico tricornio del escolar de las salmantinas aulas. La mocedad, la alegría y chuscada meridionales le rebosan por cima del alzacuello; habla de una visita á Lourdes con la misma gracia y desgarro que si se tratase de ir á echarse unas cañitas de manzanilla con media docena de amigos barbianes. No se entienda por lo dicho que incurre en irreverencia alguna: pretendo expresar que á este padre lo han hecho de tal modo la

naturaleza y el medio ambiente (ó *ambiente*, como opina Castelar que se debe escribir), que cuando pronuncie un *Ite misa est*, sonará ¡*Olé tu mare!* ó cosa por el estilo.

Creo la tercer silueta no menos característica. Militar como el primero, y de los que ni se pronuncian ni vuelven la espalda al enemigo; poeta elegante y brioso; sevillano, de fantasía caldeada y entusiasta corazón, dejó un día sus banderas y rompió su espada por no caer en perjurio prometiendo fidelidad al rey extranjero, hijo de Víctor Manuel y enemigo de Pío IX; y libre ya, fué á engrosar las filas de D. Carlos, á quien sirvió de cronista y á cuyo lado combatió, sufriendo el influjo y cediendo al atractivo del simpático carácter y clara inteligencia del Pretendiente, y adorándole.

Hay que oírle recitar aquellos trozos de su *Romancero carlista*, muy bien versificado por cierto, donde describe la arrogante y épica figura de D. Carlos rigiendo fogoso corcel, con la guerrera, el escapulario del sangriento corazón de Jesús, las arrugadas botas de montar y la airosa boina con borla encarnada. Cuando allá á lo lejos veíamos azulear los picos de la sierra del Gor-

bea, y otros muchos, testigos de tanto mortífero encuentro, de tanta carnicería, de tanto derramamiento de sangre, la voz del romero, que conmovido y con los ojos llenos de lágrimas, nos decía versos de los que huelen á pólvora y chamusquina, parecía evocar el espectro de la guerra civil, la visión poética y terrible que desde más de medio siglo acá flota, como rojiza niebla, sobre las montañas de la patria española. Cada paisaje tiene su nota especial: en las landas de Bretaña suena bien la cornamusa; en las tierras altas de Escocia, el salvaje *pibroch*; bajo los castaños de mi provincia, el tamboril y la gaita; aquí, al atravesar el país euskaro, el romancero carlista tiene extraño y melancólico sabor, como lo tenía el himno de San Ignacio con que nos saludaron al pasar los seminaristas de Vitoria. Esto de la guerra civil es un canto de la epopeya eterna de España; es una fibra elástica y sensible de nuestro cuerpo; es el latido de nuestro valor indisciplinado é impaciente, de nuestra anárquica afición á lo que en ningún país tiene nombre tan expresivo como aquí: *echarse al campo*. Y fué también, en los años de la revolución, el grito de nuestra conciencia herida, la for-

ma de nuestra protesta contra irreflexivos é insensatos ensayos *in anima vili*... que más vale no recordar; porque todo lo que voy diciendo no es sino reflejo de una emoción estética, y no se me ocurre, bien lo sabe el Dios de paz, echar de menos la lucha fratricida, la matanza y el incendio de este lindo caserío blanco que se destaca tan gentilmente sobre el verdor del valle.

La silueta cuarta la trazaré de paso y con respeto: es la de un obispo, y además la de un sabio, un polemista insigne, acaso el que con superior templanza, claridad y copia de buenas razones combatió cierto famoso libro de Draper, al cual, en mi concepto, se hizo más caso del que merece, pues es obra escrita á la ligera, sin fundamento ni vigor crítico, y por consiguiente, sin acción excesivamente peligrosa. Volviendo á su ilustrísima, diré que es la más afable, viva, activa y discreta persona que cabe imaginar, y que su compañía nos dejó memoria muy grata. Escapóse á Lourdes, y todos estábamos de concierto para acompañarle en la fuga; pero los romeros proponen y la empresa de ferrocarriles dispone, y con tales *obstruccionismos* tropezamos en Hendaya, que muy á pesar nuestro hu-

bimos de desertar, renunciando por ahora á la santa gruta. ¿Por qué no dar en mis siluetas el quinto lugar á otro obispo? Este no viste el ropón oscuro con vueltas carmesíes, sino el humilde sayal del Serafín humano; su rostro es una combinación de imponente dignidad, de modestia, de inteligencia y de cierto buen humor infantil, que he notado á menudo en los limpios de corazón; es alto; bajo el ala forrada de verde de su sombrero rebosan las canas prematuras y copiosas; en su dedo luce un anillo sin cerco de pedrería; habla con reposo, con propiedad y frase selecta, pero sin retóricas *pulpitables*; tiene momentos de verdadera unción, y es de los que predicán con el aspecto, sin que por eso alardee de desaliño ni de penitente y huraña aspereza. —Y no digo más, que al prelado bueno, como á la mujer honesta, se alaba bien callando. —Á título de artista me ha de ser permitido observar que el grupo de los obispos—con los matices serios y ricos de sus ropones y mucetas, el calabrote verde y oro de sus sombreros, las blancas y bien cuidadas manos donde resplandece la amantista rodeada de brillantes,—es una nota de color intenso y jugoso, que nos hace pre-

sentir alguna de las bellezas de la Roma pontifical.

Siluetas muy curiosas se me quedan sin perfilar: la del romero inexperto é incauto, el honrado vecino de Madrid que nunca viajó más lejos que á Getafe, y pasa la novatada olvidándose—poca cosa—de recoger su billete, teniendo que quedarse en el Escorial, con un frío próximo á cero grados, en espera de otro tren; la del romero precavido, que se trae su tableta de chocolate, su maquinilla y su alcohol para no carecer de desayuno... La tal maquinilla, que nos divirtió durante hora y media, es, ó era mejor dicho, una especie de artificio de Juanelo, en el cual entraban más de cuarenta piezas diferentes entre platillos, jícara, asas de quitaipón, rabos idem, recipiente, lamparilla, chocolatera, molinillo, filtro, coberteras y no sé cuántos otros embelecocos. Para hacer en tan complicado artilugio tres jícara de un brebaje muy raro colaboramos todos los que ocupábamos el departamento (menos el señor obispo de Salamanca, claro está), y así que apuramos el bebistrajó aquel, el romero precavido limpió cuidadosamente la máquina dichosa, y después de muy fregada y enjuta... la

tiró con garbo por la ventanilla del tren. De modo que las tres jícara de pócima le habrán costado al previsor romero treinta reales cada una. ¿Ya parece bonito precio para un sorbo de chocolate? Pues falta por ajustar lo más gordo de la cuenta, el costo de la leche. Al pasar la víspera por Ávila, ocurriósele al romero poeta comprar dos *botijo e le...* de los que allí pregonan, y con la prisa, en vez de una peseta que le reclamaban, dió una moneda de cinco duros. Con esa leche se hizo el brebaje.

Semejantes episodios nos entretuvieron cuanto es de presumir; mas no todo era broma. Se charló seriamente, y hubo discusiones. Por eso he dicho que nuestro departamento es un microcosmos de la vida católica: en él tienen representación desde el tomista cerrado, discípulo incondicional del Ángel de las Escuelas, hasta el místico ardiente, secuaz de Escoto y San Buenaventura; desde el legitimista *íntegro* hasta el *mestizo* tolerante; desde el que cierra los ojos procurando la divina ceguera del carbonero, hasta el que los abre para contemplar á la luz de la metafísica los eternos problemas puestos á la razón humana. Sólo corrió media hora en que ni reímos ni

discutimos; obispo y sacerdotes abrieron sus libros de rezo y se sepultaron en las horas canónicas; los seglares repasamos el rosario en voz baja; reinó silencio profundo, no oyéndose más que la trepidación del tren en marcha y el suave gotear de la lluvia contra los vidrios empañados, y de entre la calma, el recogimiento y la conformidad repentina de nuestros espíritus, creí que se alzaba una voz, exclamando:

—En lo preciso unidad; libertad en lo dudoso; caridad en todo y siempre.

UNA SALVE.

TOULOUSE 21 DE DICIEMBRE DE 1887.

Los romeros, próximos ya al célebre santuario de Lourdes, olvidan la serie de desastres al pormenor que les aflige desde su salida de Madrid. Y cuenta que llueven espesos como granizo. Por de pronto, la confusión inextricable de los billetes, que el diablo que la entienda. Primero se nos da en Madrid, en la sacristía de una iglesia, el resguardo, que parecería letra de cambio ó parte de boda, á no llevar el sello episcopal. Enseñando este resguardo, entregan en la estación de Madrid un billete común y corriente hasta Hendaya, ida y vuelta; y aquí empiezan las dificultades para el romero distraído que, fiado en el papelito, dejó de recoger el billete. Alguno se ha visto obligado á bajarse del tren. En Hendaya, nueva forma de documentación. Después de dos horas de inútiles pesqui-

sas para averiguar cuándo nos facilitarían el billete, nos pasan lista llamándonos por nuestros nombres, y nos entregan una tira de papel color rosa, que es la ida y vuelta hasta la ciudad impropia-mente llamada de las Siete Colinas (nueve tiene lo menos). Y ya poseemos tres documentos que hay que conservarlos todos como oro en paño: el resguardo, la mitad del cartoncito hasta la frontera y el papel rosa (sin contar el talón del equipaje). Si alguno se extravía, conflicto: mucho cuidado, pues, y sepulremos los papelitos y cartones en el seno más hondo de la cartera.

Reiteradas complicaciones al tratarse de los romeros que se han corrido á Lourdes aprovechando la detención en Bayona. No se les permite subir al tren, pero les dan la grata nueva de que perderán su billete enterito. A los que no llevan billete de romeros no se les consiente agregarse, y allá se ha quedado en Bayona Ortega Munilla, en compañía de un lío de mantas y sin saber cuándo ni cómo nos alcanzará. Con ser tantos los inconvenientes del tren de romeros y tan visible la poca complacencia de la empresa (aparte de la ilógica distribución del itinerario, y ciertas artimañas, co-

mo la detención de diez horas en Henda-ya, que le valió á la compañía un ingreso de mil francos, pues toda la romería se impacientó y tomó billete directo en el primer convoy que vimos salir para Bayona), todavía puso más á prueba la paciencia de los romeros el ayuno al traspaso del día de la fecha, sin ser Cuaresma, ni cuaresmilla, ni tómporas, ni vigilia de festividad alguna que al ayuno obligue. No se había avisado á la fonda de Pau, y sólo los veinte ó treinta romeros más listos pudieron comer un bocado atragantándose. Los demás regresamos al departamento dispuestos á hacernos una cruz sobre el estómago.

Yo no suelo llevar provisiones cuando viajo, á no ser pastillas de chocolate, naranjas ó cosa tal, pues me repugna el olor á fiambre, los papelitos engrasados, las migas de pan y las tripas del embutido. Afortunadamente mis compañeros de departamento habían sido más previsores que yo, y en dos minutos, como por ensalmo, aparecieron allí lenguas curadas, queso, mortadela, Jerez, pan, todo ofrecido con la cordialidad, la expansión y la simpática franqueza española. Preciso es, por mucho que me ruborice, confesar que en la fonda,

al ver que no podía almorzar, ni comprar provisiones, ni me hacían caso, me acordé de aquello de que en campaña el que apaña apaña, y me guardé en el bolsillo dos ó tres manzanas infernales, verdes y duras como un tronco; cierto que para tranquilidad de mi conciencia pagamos luego en una cantidad inverosímil un poco de salchichón, y si no dí por cada manzana una peseta, fué que ni me oían, ni me querían cobrar, ni allí se entendía nadie. En suma, almorzamos frugalmente sobre el regazo, pero en excelente armonía y riéndonos de tanta peripecia, pues los españoles somos sobrios y sencillos, y en teniendo contento el espíritu no hay contratiempo material que nos espante el buen humor.

Además, el tiempo nos favorece, el cielo se ha despejado y el lindísimo país que vemos por las ventanillas nos embelesa. Las cimas de los montes se nos aparecen á lo lejos nacaradas por el sol y vestidas de nieve tan inmaculada como la Virgen, cuya proximidad parece anunciarnos la creciente poesía y majestuosa hermosura de la naturaleza. Las nevadas cumbres son corona de la Concepción purísima; los laureles rosa, y las hiedras que adornan estos muros calci-

nados, estas graciosas aldeillas meridionales descritas por Alfonso Daudet, se tienden como ramillete balsámico á los pies de la Mujer sin tacha. Nos acercamos á Lourdes y nos colocamos unos de rodillas y otros en pie ante las ventanas para gozar todos del panorama espléndido que aún nos ocultan las abruptas gargantas, los austeros picos. De repente, sobre un anfiteatro de montañas, con la nieve detrás, escénicamente dispuesto como la decoración de una comedia de magia, aparece el Santuario, y de cada departamento brota una aclamación delirante: ¡Viva la Virgen!

No creo que pueda imaginarse cosa más teatral y sorprendente que este espectáculo. Á la derecha el convento de monjas donde profesó Bernardeta Soubirous, la pastora á quien se apareció la Virgen; luego la soberbia basílica, y al pie de la escalinata, la gruta iluminada por infinitas luces, que desde lejos producen efecto misterioso, como si el seno de la montaña se abrasase todo en incendios de amor. Pintoresca aglomeración de casas, de hospederías, de arcos, de puentecillos, de senderos, de árboles, recuerda la forma de los nacimientos y hace del todo fantástico el aspecto del lugar milagroso.

De algunos departamentos brota el cántico del *Ave maris stella*; en el nuestro también cantamos, pero la Salve, la bella creación de mi paisano Pedro Mosoncio, y en español, porque en latín nos hubiera sonado mal entonces. El tren, no sé si por dejarnos gozar de la vista admirable, ó porque casualmente retrasase su marcha, iba lento y como respetuoso; nosotros cantábamos y agitábamos los pañuelos, respondiendo á otros que desde la gruta nos saludaban cariñosamente. Un pálido rayo de sol, después de jugar con la nevada diadema de la Virgen, acariciaba la falda del monte, y caía prosternado al pie de la basílica...

En la estación de Lourdes vimos que la gente corría, llevando ceñidos al cuerpo esos rosarios colosales de cuentas de madera labrada, que aquí se fabrican y venden: algunos tienen los dieces como una cebolla medianamente gruesa. Otros romeros atesoraban frasquitos del agua milagrosa, y dos levantaban al cielo las manos porque se quedaban allí, acusados de infracción al reglamento draconiano de la empresa, que se ha propuesto que el viaje sea lo más desagradable posible, y no se aprovechen en cosa alguna las infinitas paradas que vamos

haciendo. Esta noche nos tienen en Toulouse de plantón cinco horas, sin que podamos aprovecharlas ni en dormir ni en ver la histórica ciudad albigense; y mientras no llega el tren donde hemos de proseguir nuestra ruta hasta Cette, me siento á una mesa de mármol, en el comedor de la estación, y entre el bureo, las idas y venidas, la conversación de los romeros, rodeada de señores sacerdotes, deanes, magistrales y párrocos que se interesan mucho por el buen resultado de mi garrapateo y por la pronta terminación de estas cuartillas, con Paco Sánchez de Castro que lee por encima de mi hombro lo que escribo, trazo estos renglones, que le tocaban á Ortega Munilla, y que saldrán como Dios quiera, nunca peor de lo que sale, en cuanto á comodidad y buen avío, esta romería, por otros estilos tan interesante, típica y animada.

VIAJE DE RECREO... ESPIRITUAL.

VENTIMIGLIA 22 DE DICIEMBRE DE 1887.

Desde Toulouse, los romeros vamos de sorpresa en sorpresa, y todas desagradables, si bien nos ayuda á llevarlas con paciencia el objeto piadoso del viaje y el sufrido y jovial carácter español. Protestamos, rabiamos tres minutos, y en seguida el contratiempo y la tempestad se resuelven en una lluvia de chistes, iniciada siempre por el elemento andaluz, que es el más numeroso.

En Cette estuvimos á punto de amotinarnos viendo que, dividida la peregrinación en tres grupos, el primero se marchaba y los otros dos nos quedábamos sentenciados á una parada inútil de algunas horas. Mas como á la fuerza ahorcan y el mal no tenía remedio, optamos por bajar al puertecito, y á poco, la radiante belleza del día, la gracia de aquel canal donde reposa-

ban fondeados vapores y pontones, la tranquilidad del lindo pueblo marítimo, calmaron nuestros nervios, tirantes ya de tanta vigilia y de tanta molestia.

Un buen almuerzo en el Gran Hotel contribuyó á restablecernos, y nos paseamos tranquilamente por Cette, lo mismo que si no tuviésemos prisa alguna y pudiésemos dedicarnos á pasar la vida viendo subir y bajar los cubos de la draga, sobre los cuales, á los rayos del sol, el agua escurría en plateados regueros.

No sabiendo si optar por el segundo ó por el tercer grupo, la marquesa de Salinas y yo decidimos no apartarnos de los dos prelados que se habían quedado en Cette, y fuimos á perturbar el final del almuerzo del señor obispo de Madrid-Alcalá, declarándole nuestra intención de pegarnos á él como al papel la oblea. El obispo, que es la bondad personificada, tomó á bien la interrupción, y mientras nos regalaba bizcochos, Burdeos y dulces, convino en que saldríamos juntos en el grupo de las dos de la tarde. Cuando fiados en este convenio bajamos á la estación, sorpresa: habían formado una lista de viajeros sin consultar á nadie, y nos encontramos sentenciados á

grupo tercero: total, cinco ó seis horas más en Cette. Y hétenos en la sala de espera, arrimaditos á la chimenea de carbón, cayéndonos de sueño y comentando, sin embargo, entre risa y chungas las desventuras del viaje, y las tiránicas imposiciones de la feroz empresa, y la blandura inverosímil de los señores organizadores de la romería, que sin duda se han propuesto coadyuvar á que los romeros ganen en el presente viaje, no sólo indulgencia plenaria, sino la gloria. Algunos incidentes cómicos ayudaban á distraer nuestro aburrimiento: una inglesa—la inevitable inglesa de todos los trenes, con su sombrero budinera de paja, su cabás negro y su chal á cuadros—que se empeñaba en salir á pasear fuera, asegurando que tenía mucho calor (es de advertir que en el andén se helaban las palabras), y un honrado tratante en vinos, á quien sospechosas apariencias nos impulsaron á tomar por el ladrón del reloj de un romero (al cual se lo limpiaron bonitamente en el momento de confusión en que se dividió en grupos la romería). Las precauciones que adoptamos contra el supuesto rata; la escama con que lo mirábamos; la consigna que nos dimos para estar ojo alerta, nos hicieron felices

33713

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

cuando llegamos á averiguar su verdadera é inofensiva profesión. Y así que obscureció y sólo nos alumbró vagamente el rojo reflejo de la chimenea, medio adormecidos por el grato calorcillo, salmodiamos el rosario.

Las cinco de la madrugada serían cuando pisamos el suelo de la ciudad revolucionaria, Marsella la roja, la del alado himno de la frontera, la del puerto levantino. La cama me pareció un oasis, y el almuerzo en el comedor del hotel de Castilla, vasto jardín de invierno donde revolotean, pían y cantan libres y sueltas más de cuarenta y canoras aves, ruiseñores, jilgueros, canarios, verderones, pechirrojos, fué delicioso paréntesis después de la fatiga y el enervamiento de tanta noche en vagón y tanta comida en los fríos y vulgares *buffets* de las estaciones, con la campana y el silbato del tren siempre encima. Es la primera vez que veo esta encantadora novedad de las aves sueltas en un comedor, y no cabe nada más lindo.

La consigna era salir á la una, y no había tiempo para subir al santuario de Nôtre Dame de Garde. Lo hicieron algunos sacerdotes, pero fué quitándose al sueño, heroísmo del cual soy incapaz en absoluto.

Nos dimos á pasear por el puerto, deteniéndonos ante las tiendas de conchas raras, que con el tornasol de sus colores y el nácar fino de sus volutas despertaban la idea de navegaciones hacia país remoto, de largos viajes trasatlánticos. Una sombrerera donde se vendían gorros frigios y boinas nos sugirió luminosa idea. Tres días de viaje llevábamos ya, con todos los asientos del vagón ocupados, prensaditos como sardinas en banasta. Se nos ocurrió al *coblahaví* del romancero carlista y á mí que un par de boinas del aspecto más sedicioso posible, puestas con cierto desgaire del todo subversivo, alejarían de nuestro departamento á los timoratos, á los mestizos, que en esta romería abundan, y nos permitirían ir con algún desahogo. Mi dicho, mi hecho. Adquirimos dos *chapelgorris*, y al ver la gente aquel par de setas coloradas, nuestro departamento se quedó medio vacío, pues casi nadie se quiso exponer al balazo que infaliblemente nos dispararía el primer italianísimo que pasase cerca.

Desde Marsella el camino es una hermosura. Millares de pálidos olivos salpican la bien cultivada campiña; á nuestra derecha la azul extensión del Mediterráneo se

duerme con gemido acariciador en brazos de las curvas ensonadas que festonean la costa. Cabos atrevidos guarnecen, como adorno de obscuro terciopelo, aquella faldamenta celeste sobre la cual flota un encaje de espuma. Ya el paisaje y el mar y el cielo murmuran á nuestro oído la palabra mágica, el cántico latino... ¡Italia! ¡Italia!

La noche nos descubre la fantástica iluminación y la elegancia coquetona de Niza, Mónaco y Monte-Carlo, bien como de una mujer que sale de un baile se adivina entre la penumbra el rico tocado, el aderezo de pedrería, las bellas formas arrebujaadas en el abrigo. En Monte-Carlo nos asomamos á la ventanilla, y divisamos en el andén un hormiguelo de prójimas hechas todas un brazo de mar, con abrigos de felpa rubí adornados de pieles de chinchilla y zorro azul, ó con faldas de seda bordadas de azabache multicolor y capotitas de estas de quilla de buque que ahora se estilan. Aquí la gente tiene toda unas trazas adineradas, elegantonas y británicas, que el viajero se queda absorto y avergonzadísimo al contemplarse cómo va después de cuatro días de caminata y mil peripecias de esas que abollan los sombreros, descosen y chafan

la ropa, despellejan los guantes y desfloran el calzado.

A los pocos momentos nos suelta el tren en Ventimiglia con la grata perspectiva de aguardar desde las doce á las tres y media de la noche para continuar hacia Roma, y el pánico del registro. A mí no me molestan nada; me hacen la señalcita con tiza sobre las maletas, y me despiden. En cambio, á los clérigos les cazan en los bolsillos el tabaco con encarnizamiento feroz, y á uno, por una libra de picadura que juzgaron contrabando, acaban de obligarle á pagar la friolera de setenta y cinco liras (en castellano pesetas).

Yo no quisiera escribir vulgaridades ni hacer aspavientos con la pluma; pero aseguro con entera sinceridad que noto un espíritu hostil á los romeros, á los ordenados especialmente, y un sistema de alfilerazos y vejámenes que no dice mucho en favor de la tolerancia de estos países que atravesamos. Lo percibo sobre todo en la empresa ferroviaria de *Paris-Lyon-Méditerranée*. Hay menudencias que no son nada y significan mucho. Parecerá increíble lo que voy á añadir; es harto cómico, pero ha sucedido: en Tarbes, un empleado de la línea re-

corrió todos los vagones preguntando si un obispo se había llevado del ambigú una taza de las del café. No decía *un romero*, sino *un obispo*, y ningún obispo se había bajado. La broma, aunque del gusto más cur-si, logró divertir á los obispos, y el de Madrid-Alcalá, con su angélica *bonhomie*, se reía sacudiendo el ropón, á ver si andaba por allí escondida la taza famosa. ¿Cómo explicar sino admitiendo que hay deliberado propósito de mortificarnos, el hecho de que ni una sola vez se haya detenido un tren de peregrinos el tiempo señalado para comer, y que donde se anuncian, verbigracia, veinte minutos, se nos hayan dado únicamente seis ú ocho? ¿Cómo disculpar la falta de cumplimiento del contrato, pues habiéndose pactado que nos dividirían á lo sumo en dos grupos, nos han repartido en tres y nos llevan arrastra, deteniéndonos donde más nos perjudique, á las peores horas y en las condiciones más fatales?

En este momento se me acerca el señor Sánchez Barrios, encargado por el obispo de Madrid de cubrir la retaguardia y amparar al grupo tercero; le pregunto si sabe sobre qué bases se ha realizado el convenio con esta empresa, y me responde que no

sabe cosa alguna. Pues yo tampoco, y me parece oportuna la ocasión de extractar aquí algunos párrafos de un libro en que se refiere la primera romería, *De Cádiz á Roma*, de León y Domínguez. No han perdido actualidad; están completamente de moda. «Los bañistas y turistas»—dice—«pueden pasar y repasar el Pirineo siempre que se les antoja; pueden bajar á San Sebastián, pueden subir á Biarritz y á San Juan de Luz y con sus billetes de verano tener derecho á una playa; y si se presentan doscientos ó trescientos ó más en la estación un día dado, se ponen ó se piden coches suficientes; pero ¿se trata de peregrinos? Ya eso es otra cosa. Son el *anima vili* de los caminos de hierro. Lo mismo debo decir del cinismo, que otro nombre no merece, de empresas que en todo un trayecto de veinticuatro horas sólo dan de máximum *diez minutos* de parada. La indignidad no puede llevarse á más extremo. Iban personas ancianas, prelados respetables, delicadas jóvenes, ¿qué importa? Si no prueban alimento en todo el día, que lo sufran por Dios. Debe pactarse *por escrito* y no *de palabra*, haciendo que las condiciones vayan impresas en los mismos billetes; enhorabuena entonces anúnciense y admitan-